

ne que ser conocido por toda la comunidad, esta es obra de las condiciones, pues él es consciente de su diferencia con los demás. Y sabe, también, que los demás lo conocen. Por eso, al crecer la población, y aumentar el número de sus congéneres (y de los imitadores, de los falsos «shélebres», pero esto ya sería largo de tratar) dio lugar a que su presencia se hiciera más ostensible pero, a la vez, acabaran masificándose y perdiendo su cualidad fundamental: su individualidad. Ya no se expresaban a golpe de ingenio personal, sino que sus acciones organizadas aumentaron la espectacularidad de sus actos en menoscabo de lo singular y de lo espontáneo, que son características básicas en la expresión del «shélebre». Así pues, al empezar a ser desconocidos a nivel personal, como grupo, se dio por llamarles gamberros. Fue la crisis de este personaje.

De todas formas, la personalidad del «shélebre» es compleja y muy diferenciada. Es imposible describirlo en unas líneas, a vuela pluma. Generalizar es sólo resaltar la parte más superficial y menos genuina de su personalidad. Su calidad de marginado, le sume, a veces, en una dimensión de grandeza o tragedia que sólo con un estudio profundo puede llegarse a un conocimiento real de su verdad.

Un fiel exponente de estos curiosos ciudadanos fue, en aquel tiempo, Celestino Goenaga, más conocido por «Sheles», querido por muchos y amigo de todos, hombre de gran corazón, que, como tantos otros, sucumbió, todavía joven, sólo tenía cuarenta y tres años, víctima, como hemos apuntado antes, de su propia energía vital desbordada. Otros, algunos, quizá más sabios, supieron cambiar a tiempo el rumbo de su rebeldía, dándole a su acción personal una objetividad. Pero no se tome a éste como ejemplo de un colectivo de iguales, pues el «shélebre», en su característica peculiar, repito, es muy distinto de los demás «shélebres».

Personalidades singulares, en otra medida, fueron también, Furgurski y Schneidofer, ambos, fotógrafos de profesión, y, en cierto modo, pioneros en esta actividad en nuestro pueblo. Como lo fuera también, en el campo de la industria, Guillermo Niessen. Personas llegadas de otras latitudes que aportaron a nuestra comunidad importantes valores.

Quizá, en definitiva, más que la añoranza de los sucesos acaecidos o de las vivencias sufridas, lo que uno siente con nostalgia es el momento, el tiempo, en que uno fue joven. Ni tan siquiera esto. La nostalgia, puede ser, de la juventud inexorablemente perdida. Pero esto no es para expresarlo en estas cuartillas, ni tan siquiera es la intención. Así que, sigamos.

En 1959 salió por última vez RENTERIA. En 1960, cuando apareció OARSO, la gente comenzó otra vez: «ha salido la Revista».

La REVISTA, pues, es un regalo que las gentes del pueblo han esperado siempre con ilusión en los días magdaleneros. El «¡ha salido la REVISTA!» es un comentario que circula, por las calles, en las horas previas al comienzo de las fiestas. Es impensable unas fiestas sin la REVISTA. Y no digamos para el renteriano ausente. La REVISTA supone, para él, una comunicación de excepción con el pueblo, con su pueblo, y con su fiesta. De hecho sabemos de algunos que, acercándose las fechas de 'as fiestas, han hecho sentir su llamada interesándose por la REVISTA. Y cuando, algún año, por determinadas circunstancias, ha sido imposible su publicación, el renteriano se ha sentido ciertamente frustrado, como si en esas fiestas faltara algo muy suyo. Y es que a la REVISTA le ha rodeado, siempre, una cierta carga afectiva, un sentimiento de cariño. La REVISTA, de alguna forma, ha conectado con la fibra sensible de las gentes. Seguramente porque se ha esperado en ELLA, sobre todo, esos sentimientos que unen, que son comunes. «Elogio del renterianismo», titulaba Jesús Los Santos, en 1932, su colaboración en la REVISTA, y, en 1945, Julio Gil, lo hacía con el de «La Rentería sentimental que llevamos dentro del alma». Y en 1976, Boni Otegui, vuelve a mencionar esta característica del renterianismo. Bueno, algo hay ¿no? Es evidente de que hay renterianos que sienten su condición profundamente. Y ha sido la REVISTA, siempre, que ha expresado este espíritu desde que, en 1918, Federico Santo Tomás, tuviera la idea de publicarla.

## RENERIA, POR DENTRO

Félix MARAÑA

Cierta manera un tanto alicorta de definir la cultura ha venido a sembrar la creencia de que ésta sólo se puede desarrollar en torno a grandes centros urbanos, con grandes medios económicos y con una planificación, siempre magnificada, de estas o aquellas actividades. La idea, como otras tantas cosas que se han convertido ya en creencias, nos viene enlatada de América y los nuevos administradores de la cultura, no sólo aquí, también ha ocurrido lo mismo en Europa, corren con embeleso tras las fórmulas de promoción y desarrollo cultural de corte anglosajón, midiendo éste en todo caso siempre en términos cuantitativos. Es la vieja creencia de que el concierto es más concierto o que el drama teatral es más teatro porque el foro se llene en butacas y pasillos, palcos y azoteas. La cultura hecha de encargo, donde sólo se cuenta la gente que va a aplaudir, desconociendo los verdaderos protagonistas de la acción.

Enmendando esta creencia muchas comunidades e instituciones culturales, así como centros de gobiernos municipal, están considerando con mejor criterio cada día que la vida social y cultural de las pequeñas comunidades cuenta en sí misma con unas posibilidades creativas y de desarrollo de su cultura particular que, reanimadas, alentadas y bien dirigidas —es decir, no manipuladas— pueden dar a los pueblos un clima de armonía y convivencia. Rentería, esta ciudad, pueblo, villa, ha contado especialmente en el último quinquenio con una reanimación cultural que para sí quisieran muchas comunidades vascas. En Rentería, asociaciones culturales, grupos de jóvenes, instituciones pedagógicas —como es el caso de **Errentería Musical**— tuteladas por el Ayuntamiento, han convocado en estos últimos años a una buena parte de sus ciudadanos en torno a las más variadas actividades culturales. Su recuento nos confirma que Rentería cuenta con una **Muestra de Teatro de Institutos de Guipúzcoa**, organizada por el suyo propio, un archivo

musical, **Eresbil**, promovido y dirigido por **J.L. Ansorena**, muestras de un buen hacer en la dinámica e investigación cultural. Ambas actividades, como en su día el Certamen de Cine Amateur, son pioneras en el Estado. Las asociaciones culturales, como **Ereintza**, como **Fomento Cultural**, como **Andra Mari**, en sus distintas facetas han dado vida y forma a variadas actividades que componen el clima cultural. Añádase el ejemplar y riguroso funcionamiento del **Archivo Municipal**, la vida de ese joven cine club, **King Kong**, el centro cultural **Xenpelar**, la **Feria de Artesanía**, etc., etc.

La existencia de esta revista, **Oarso**, es una muestra más de la importancia que han tenido en esta villa los animadores culturales a lo largo de su historia reciente. **Boni Otegui**, su director y mantenedor principal durante tantos momentos de zozobra y falta de medios, es uno de esos ejemplos de ciudadano ocupado en las cosas de su pueblo. Muchos de estos animadores han hecho Rentería por dentro, dedicando un considerable esfuerzo a la actividad cultural, una labor ingrata por menospreciada por tantas estructuras de poder a través de los tiempos. En la creencia de que las formas de expresión cultural son varias y en su realización no encajan los cánones de la cultura organizada, los renterianos están asistiendo a un rejuvenecimiento de su vida socio-cultural.

Publicaciones como esta han supuesto los primeros ejercicios literarios de muchos renterianos y guipuzcoanos, y no sería aventurado afirmar que Oarso es en buena parte culpable de que algunos de sus vecinos y convecinos les haya entrado la manía de la pluma. Escribir es una buena manera de dibujar la realidad de cada día, ya interior, ya exterior, y Oarso se ha encargado de propiciar este retrato. Unos y otros vienen a demostrarnos lo que se puede conseguir sin grandes organizaciones o medios en la cosa nuestra de cada día.

Quiriendo.